

¿Qué se espera de un psicoanalista?

¿Qué se espera de un psicoanalista?

La pregunta evoca el horizonte de la esperanza y de la expectativa. De lo que se proyecta sobre lo aún no realizado. De la promesa. Promesa que también implica la sombra de lo ilusorio, de la mentira e incluso del engaño.

No es lo mismo decir *qué hace un psicoanalista* que interrogar *qué se espera* de él. Y si nuestro interrogante nos sitúa en el terreno de la promesa, acechado por el engaño. Si abocamos de tal forma en ese punto de fuga incierto, es señal de que abre inevitablemente a la dimensión de la verdad.

Quisiera recapitular, brevemente, lo planteado por Julio Fernández en la reunión inaugural de este ciclo convocado bajo la pregunta ¿Qué se espera de un analista?, para, precisaba Julio, hacer de esta pregunta el tema.

Partió del texto de Lacan (de 1953) *Variantes de la Cura Tipo*, señalando, por un lado, que en el mismo, Lacan la responde. Y, por el otro, que es una buena pregunta, por que tiene la virtud de dejar abierto el lugar de la enunciación.

¿Desde dónde, e incluso quién, profiere esta pregunta?

Se respondía Julio, se la podría plantear del lado del analizante, lo que la volvería a abrir a la variabilidad de las particularidades de las demandas; y, agrego, a la flotación de los registros que toda demanda implica, dejando al oyente ante la opción de decidir dónde atraparla (única chance de librarse de la sujeción del primer decir, ese que ordena, legisla, aforiza, al imputarle una segunda intención – un qué me quiere decir- o la influencia de un tercero).

Se la podría plantear, también, proseguía Julio, del lado del analista. Enfatizando que éste era el interés de Lacan.

Aceptando, desde luego, estas puntuaciones, voy a señalar que de todos modos hay, además, un público que queda concernido por la pregunta (en principio y siempre en relación al texto “VCT”), los lectores de la *Encyclopédie*, el público médico, o como los redefine en otros párrafos: los científicos y los psicólogos. Hay, entonces, un público “de fuera del psicoanálisis” ante el cual Lacan hace valer al psicoanálisis. Es cierto que, en esta operación, vuelve a colocar la cuestión en relación a los analistas, que lo que realmente le interesa es situarla en relación al lugar del analista. Pero, estimo, que no es meramente anecdótico, y me atrevo a postular que el movimiento que Lacan efectúa reclama incluso esta “exterioridad” para poder situar válidamente el campo en el que la cuestión debe tramitarse.

Por otra parte, la mentada vacilación del lugar de la enunciación entre al menos dos lados, e incluso el lado del público, pivotea sobre la presencia del “se” en el enunciado.

Se espera. Es “Se” quien espera.

Se. La enunciación elidida en su determinación. Pero, no por ello ausente, nos presentifica “lados” a los que podría apelarse (del analizante, del analista, de los ideales, de la sociedad... etc.), pero de modo más directo hace surgir un sujeto impersonal. Como si la razón práctica hubiese colado su imperativo a la espera del universal.

Se decreta, se establece, se intima, se debe.

Algo pende de un rasgo. Se, espera. Se, punto ideal, rasgo único y mínimo. Sencillamente simple.

Se espera uno, se espera de uno. De un analista. ¿Hay psicoanalista?

No habría polacos si no hubiera Polonia. ¡Viva Polonia! Nos entusiasma y nos engaña el padre Ubú, hegelianamente. Pues ha habido polacos sin Polonia y judíos sin Judea. ¿No son sostenibles, entonces, existentes sin concepto?

Que haya psicoanalistas no es garantía de que haya psicoanálisis. Aunque, a la inversa no podría sostenerse que hubiese habido “el psicoanálisis” sin psicoanalistas.

¿Hay psicoanalista? Implica la condición de existencia del psicoanálisis, aunque no la garantía del mismo.

Vuelvo a Julio, él nos recordaba que Lacan nos entrega una respuesta:

“Un psicoanálisis es la cura que se espera de un psicoanalista” y quid pro quo, Julio, concluía: -¿Qué se espera de un analista? –Un psicoanálisis.

Tautología que vuelve sobre sí misma, una vez más, cuando proferimos que el fin del análisis coincide con el paso del analizante a analista. Aunque no podemos menos que advertir que de dicho producto a la aceptación que hace devenir una posición subjetiva en función para otro, hay pasos para andar y saltos aún por dar, digamos: -¿Qué se espera de un análisis? –Un analista.

Lacan nos conduce así a bordear un punto cerrado, estableciendo un tope, al decir de Julio.

Efectivamente, es necesario poner un tope que establezca un límite, que sirva de reparo a ese punto infranqueable por la mera vía especulativa del *piensa en pensar*. Límite que en este texto (VCT) está ligado a ese tumor insoslayable (diríamos, estructural) al campo psicoanalítico: su extraterritorialidad. La imagen del tumor es de Jacques Lacan y cito:

Tal vez brotase suficientemente el rayo haciendo ver que la extraterritorialidad cubierta de la que procede para extenderse el psicoanálisis sugiere que se la trate a la manera de un tumor: por su exteriorización.

*La extraterritorialidad cubierta es aquella que los analistas de los años '50 ocultaban. Ligados a ella por un doble lazo ya que estaban "imposibilitados de renunciar a ella tanto como de no denegarla". Doble lazo que les sirve de coartada y de refugio, denuncia Lacan, ya que los hace impermeables "a todos los criterios que no sean los de una dinámica, de una tónica, de una economía que son incapaces de hacer valer **fuera**".*

Vemos, entonces, como el público (los fuera del campo psicoanalítico) resultan para Lacan una necesidad estratégica y no meros interlocutores de circunstancia. Una necesidad estratégica para situar la cuestión que concierne a los analistas.

Todo en nuestro campo está demasiado bien constituido como para abocar en una suerte de solipsismo gregario (si me admiten el oxímoron) en el que la teoría misma, sólo se haga valer con aquellos que están dispuestos a aceptarla, es decir, que funcione como sistema de contraseñas que define una identidad y sostienen una pertenencia.

Allí define Lacan la condición "murciélago". Por esta táctica ligada a la extraterritorialidad, que les permite la ubicuidad para asimilarse al campo que más convenga, según las circunstancias, y para evadirse de todo cotejo. Se vuelven, entonces, inasibles como el animalito de la fábula.

La frase de Lacan habla de *la extraterritorialidad de la que procede para extenderse...*

Evoca la extensión, que entendemos como el discurso que partiendo de ese "fuera de" que abre el acto analítico, de esa condición intersticial, que corresponde al análisis en intensión, se extiende dando lugar a una literatura psicoanalítica que dialoga consigo misma, con la literatura, con los mitos, con la cultura, con la ciencia, que genera instituciones. Que de algún modo solicita un lugar en el mundo, pero se niega a toda verificación de su acción, a toda revisión de sus recursos.

Pero, al decir de Lacan, no sólo se niega por mala fe, sino por el desconocimiento de su propia acción.

Exteriorizar el tumor implica admitirlo. Y admitir un hecho no supone necesariamente idealizarlo.

En psicoanálisis y medicina, texto de 1966, dice Lacan refiriéndose al lugar del psicoanálisis en la medicina: *"Actualmente ese lugar es marginal y, como lo he escrito más de una vez, extraterritorial. Es marginal debido a la posición de la medicina respecto al psicoanálisis, al que admite como una suerte de ayuda*

externa,... Es extraterritorial por obra de los psicoanalistas quienes, sin duda, tienen sus razones para querer conservar esa extraterritorialidad. Ellas no son las más pero, a decir verdad, no pienso que mi anhelo bastase para cambiar al respecto, las cosas.”

Entonces reitero. Exteriorizar el tumor implica admitirlo. Y admitir un hecho no supone necesariamente idealizarlo. La idealización de la extraterritorialidad sólo podría llevar a sacralizar su facto, convertirlo en una virtud constitutiva e inanalizable o sea que no nos interroga. Un nuevo desconocimiento de las causas de nuestra propia acción. Una nueva mistificación.

Así en VCT la apuesta de Lacan para salir de la encerrona es abrir las vías de la formalización de la experiencia, y atendiendo a que es una práctica –tal como la consideraba entonces- intersubjetiva y que la mentada intersubjetividad ya no tenía otro basamento que la dimensión de la palabra, es por la vía de considerar seriamente el estatuto y la función de la palabra en campo del lenguaje que Lacan logra llevar la experiencia freudiana hasta la luz de la lingüística, redescubriendo en ella la función significante, a la que la experiencia del inconsciente redefine radicalmente.

Reanuda así el movimiento por el cual Freud, desde la escucha del padecer de la histérica, desde su empeño de neurólogo, logra producir un intersticio sin consistencia propia, entre ambos discursos, sobre el cual se sostiene lo efímero de su campo y la potencia de su eficacia.

Por el contrario, rellenar la sima hasta hacer de ella una isla, en la que se asiente un territorio independiente y autónomo, la patria que cobije al pueblo freudiano, es un ideal -que modulado de mil maneras- anida en cada uno de nosotros. Y al no poder sostenerlo en la consistencia plena de una verdadera identidad del psicoanálisis consigo mismo, promueve estrategias de autosegregación, aislamiento, autocomplacencia, autojustificación. Nos captura en una preocupación casi exclusiva: la preservación de la pureza de la identidad psicoanalítica. Demostración palmaria de esto es que los temas relativos a la multiplicación de los analistas eclipsan, en nuestras instituciones y grupos cualquier interés por los avatares concretos de su práctica.

Ese repliegue hacia lo identitario, que implica el gesto de la autosegregación, se propaga hacia el interior mismo de la comunidad con efectos de splitting.

En 1967 Lacan vuelve a buscar una salida a aquello que la tautología necesaria deja encerrado en su círculo; y que hace del hecho constatable de la extraterritorialidad ese intraterritorio en el que venimos insistiendo.

Y, esta vez, el tope lo lleva a la Proposición del Pase. Verificar en acto, hacer pasar algo de la experiencia a la extensión. Algo que en grado segundo promoviera la teorización: la escritura. Pero que en primer grado implica de por sí el pasaje de la

escena íntima y privada de la sesión al escenario público. Y ésta es una tarea que encomienda a los analizantes, a aquel que considerándose analizado solicite el pase y a aquellos a quienes se les encomiende oficiar de pasadores.

Apuesta subversiva, si las hay, y tan literal en su vocación subversiva que hasta la podríamos sospechar teñida de ingenuidad. No se trata (o al menos no es eso lo que nos importa) dirimir si hay que imitar o acatar a Lacan o todo lo contrario. Pero sí, tomar nota de lo que de este modo Lacan cree que está en juego:

“constituir un ambiente de experiencia y crítica”

Instaurar *“una comunidad de experiencia, cuyo meollo está dado por la experiencia de los practicantes”*.

Julio destacaba bien las aporías que jaquean a esta comunidad de experiencia, no sólo a la hora de comparecer ante un tercero para sostener las razones del psicoanálisis, sino por la singularidad de la práctica de cada quien (magnificada en cada encuentro con cada analizante, en lo propio de esa τυχη), por el compromiso freudiano de suspender todo saber y por la apuesta lacaniana de reinventar el análisis cada vez. Sin contar con lo que es simplemente del orden del malentendido y de la imaginación, quiero decir, de la concepción que se hace, para sí, cada analista de los conceptos que lo guían y de los resortes de la eficacia.

¿No hay, entonces, sino el psicoanálisis de un analista (y podríamos extremar esta singularidad y hablar del psicoanálisis de un caso concreto, y más aún el psicoanálisis de una determinada situación, de un instante)?

Si fuera así ¿qué hay de esa comunidad de experiencia? Su estatuto parece tan frágil, ya que el problema es darle un borde a la experiencia misma, si ésta, resulta definida por su singularidad irreductible.

Habría entonces, al decir de Julio, restos del saber hacer ahí (en ese ahí tan efímero, tan inasible) que precipitan como residuos- letra con las que se constituye una extensión que da lugar a teorizaciones fragmentarias.

Hicimos alusión a una frase de Lacan en la que hablaba de que tal vez brotara suficientemente el rayo haciendo ver *la extraterritorialidad de la que procede el psicoanálisis (VCT)*. En *“Sobre la experiencia del pase”*, de 1973, es invocado otro rayo con resonancias griegas:

τα παντα οικιζει κεραυνος . El trueno rige τα παντα: los todos (fragmentos de Heráclito, traducción del copilador, Diels: “el trueno rige el universo”).

Se viene lamentando por no haber escuchado referencias directas a los testimonios de la experiencia del pase. Él esperaba que esos fragmentos concretos de la experiencia pudieran venir a iluminar como un rayo. Y evoca entonces el fragmento de Heráclito, copilado y traducido por Diels. Diels tradujo Τα παντα por el universo, con lo que la frase queda: el rayo rige al universo. Por mi parte encontré una

traducción que restituye aún más el sentido esperable: el rayo ilumina al universo. Lacan rechaza esta traducción, Τα παντα nos dice, no admite ser transpuesta por el universo. Τα παντα es “los todos”.

Los todos se rigen por el rayo.

Los todos reciben del rayo esa iluminación fugaz. Los todos, esos fragmentos cerrados. Esos “unos”. (S1). Los discursos instituyentes de territorialidades, bajo la agencia del significante que los rige. Transformados sólo en restos; restos de decir. Por un instante se tornan visibles como tales, como trazos fractales. Y, se nos entregan legible, por un instante, una lectura que no responde por el sentido sino por la extensión que dibujan. Por un instante nos orientan, nos hacen saber algo de nuestro no querer saber.

Pulsación de los momentos de la teoría, instante de ver, que orienta nuestra práctica. Pulsación que sólo puede esperarse en el interior de esa práctica misma. Nudo gordiano, que sólo puede resolverse por el corte neto del rayo. Corte necesario para reanudar.

¿Qué se espera de un psicoanalista? Habíamos contestado: un psicoanálisis.

Pero en nuestro movimiento se elidía un término. Alrededor del cual gira la cuestión. Un psicoanálisis no es lo que se espera de un psicoanalista. Quiero decir, esa no es exactamente la frase de Lacan. Al simplificarla le borramos algo.

“Un psicoanálisis es **la cura** que se espera de un psicoanalista”. Allí el círculo tautológico deviene triángulo. La cura ocupa un lugar tercero frente al reenvío recíproco entre análisis y analista. Y por su parte este tercero también reclama elucidación.

¿Qué entendemos por cura? Y por añadidura ¿qué podríamos especificar como cura psicoanalítica?, dicho de otro modo ¿qué cura el psicoanálisis?

Esta pregunta se superpone a la interrogación en causa (motivo de la Proposición) sobre el fin del análisis, entendido: no meramente como término, sino como finalidad.

¿Por qué recurrimos a un analista? ¿Para qué analizamos? Incluso, ¿qué se propone el psicoanálisis?

En este punto el método nos hace una zancadilla. El consejo de Freud, de prescindir de toda representación meta, de todo propósito teleológico, de toda prefiguración de un objetivo a alcanzar, se extiende rápidamente hasta la definición de la función, aparentemente paradójica, del analista, como deseo y a la condición, no menos sorprendente, de que este deseo debe ser un deseo vacío. Aunque no puro. Su vacuidad radical no coincide con la nada absoluta de la muerte. Nuevamente, ¿la ambigüedad o la paradoja?

Método, forma de ocupar un lugar y posición ética.

El analista no debe proponerse nada respecto de su analizante, ni siquiera sanarlo, sí se propone acompañarlo a abrir su propio camino de salud.

Pero toda precipitación puede llevar al precipicio. Y estas conclusiones expurgadas de los matices y fuera de los recorridos en que fueron forjadas se transforman en consignas. Pierden así la espesura de las que su apariencia contradictoria o paradójica las provee. Por lo que volveremos a preguntarnos por la cura.

La cura entendida en el sentido médico clásico es el restablecimiento de funciones dañadas por una noxa o como define la OMS del equilibrio psicofísico y social (hay aquí latente una ideología relacionada a la idea de equilibrio (Principio del Placer) y a un ideal de la adaptación).

Hoy por hoy, las curas son más ambiciosas y atañen al futuro por la vía de la prevención. Y, aún más, prometen no sólo restablecer algo perdido, sino llegar más allá, a procurarnos lo que nunca fue. La promoción de una psicofarmacología que ha llegado a ser designada “cosmética”, como nos comentaban hace tiempo –a partir de la revisión de bibliografía anglosajona- María Álvarez y Peter Wright (promete y promueve que el individuo aspire no sólo a sentirse bien, sino más, más que bien, apuntando a una suerte de super felicidad) o las cirugías y otros procedimientos ligados a la estética corporal por los cuales no se pretende ya recuperar la belleza perdida sino producir, modelar, una belleza inédita. Son apenas ensayos torpes frente a una empresa mucho más ambiciosa que espera potenciar funciones físicas y mentales mediante la simbiosis del cuerpo con implantes biotecnológicos y el diseño genético de partes o de la totalidad del cuerpo.

La senda de la cura, hoy por hoy, rebasa la promesa de restitución para proyectarse sobre el hueco de lo nunca ocurrido. La ciencia trabaja en dirección a y para “los deseos del hombre”.

Pero, cura es también cuidado. Y por este camino lo que exalta, antes que nada, es el auxilio frente al padecimiento. El alivio. La evitación del sufrimiento excesivo. Temperar el furor curandis toda vez que el remedio resulte peor que la enfermedad. Tal como nos fue enseñado y juramentado: *Primum non nocere*. Primero no dañar.

(En alusión a una anécdota no incluida en el texto por razones de reserva:)

Este tipo de anécdotas revelan las cuestiones en las que se internan las prácticas herederas de la medicina, en tiempos en los que la ciencia ha logrado lo suficiente como para empujar a la medicina, que siempre ha sido una práctica social guiada por alguna forma de humanismo (quiero decir por una concepción ideológica del hombre, de su vida, de la plenitud de ésta); la ciencia –decía ha hecho lo suficiente como para empujarla por fuera de cualquiera de estos marcos y la medicina ha perdido todo rumbo.

¿Se espera del psicoanalista que restituya las cosas hacia una posición más humana? ¿Es él el reservista del humanismo perdido?

Sostendríamos por el contrario que el psicoanálisis en algún sentido se adelantó a este movimiento, del cual –a su manera- forma parte.

Fue el primero, y tal vez continúe siendo el único, en advertir que el motor de la acción del hombre in extremis tomaba la forma de un anhelo de retorno, pero de un retorno sobre un pasado que aún no ha ocurrido, que nunca ocurrirá. Lo llamó deseo. Lo concibió deseo sexual. Y por mucho que sublimemos y sofisticemos esta expresión, confina nuestro campo a un anclaje, impuesto por nuestra experiencia. Tenemos un cuerpo. Y este cuerpo ineludiblemente reclama gozar de él.

He aquí el deseo al que el principio del placer se opone, le hace barrera o intenta cooptarlo. La medicina y la moral tradicionales pretendían devolverlo a ese imperio del principio del placer. En tanto el psicoanálisis freudiano libera este horizonte señalando el más allá.

En relación a ese más allá está situada hoy nuestra cultura, por la vía de la realización biotecnológica. Esto nos obliga a repensar nuestro propio lugar.

Detrás de la aparente manipulación de un poder que concentra la totalidad de la información y de los recursos, que parece capaz de modelar el futuro, la subjetividad y los cuerpos a su imagen y semejanza hay un punto ciego, el sistema productor de imágenes no tiene imagen y no ve, no sabe lo que desea.

Podemos reconocer una estrategia, incluso una política –en el sentido fuerte del término- destinadas a anular el deseo, modelándolo, política que en esto es tan vieja como el mundo, pero ahora la vía parece diferente e incluso se nos impone como inédita: es una idealización realista, concretar los supuestos sueños (puedes elegir – en el catálogo que te ofrezco, claro- qué cuerpo, qué sexo, qué hijo, qué mujer quieres tener y lo hacemos. Puedes elegir como sentirte, toma esta píldora y ya está).

El asunto es ¿si ésto nos convierte en profetas antitecnológicos, en nostálgicos predicadores adoradores de la falta, (porque aún con una falta puede cincelarse un ídolo), buscadores del tiempo perdido, moralistas que restituyen las viejas tradiciones, viudas de Gardel que lloran la declinación del padre?

¿Será –por otro lado- tan eficaz esa pretendida abolición del deseo a través de su obliteración por la vía de la realización?

¿Se trata de deseo o de demanda? Y ¿de quién?

Sabemos, creemos saber, que demanda y deseo no son la misma cosa.

Volvamos, entonces, a la cura y su cuidado. Hay una cura psicoanalítica (de la que es esperable que por añadidura advenga la salud, salud cuyas condiciones desconocemos por método y por estructura, pero que en esa indeterminación forma parte de la apuesta y justifica la existencia de nuestra práctica y su valor).

Hay una cura psicoanalítica que resulta solidaria de la posición de la analista. Una función de su deseo. Que no es un deseo puro, que sería deseo de muerte. El analista –en tanto síntoma de un momento de la cultura- está animado de ese deseo impuro que reclama de la comunidad de los analistas para su permanente puesta en cuestión. Una renovada lectura de los efectos en los que se revelan sus capturas. Su retención en ideales y mistificaciones que nunca nos faltan. Y la posibilidad de ir recuperando, cada vez, aquella función mínima exigible de distinguir entre la demanda y el deseo.

Alejandro Peruani